

—¿Qué pasa? preguntó ansioso Ernesto á su compañero.

—Sin duda el general ha observado algo que no se había previsto y manda nuevas instrucciones á Berriozábal, á Negrete y á Porfirio Diaz.

—Entonces aquellos que están abajo, ¿vienen ya á atacar?

—Todavía no: están reconociendo las posiciones y lo que el general ha de querer es que no se entere bien el enemigo de la situación que guardan nuestras tropas.

—De modo que les habrá mandado que se oculten.

—Probablemente.

El sol empezaba ya á calentar, eran pasadas las nueve, cuando se oyó un cañonazo disparado del fuerte de Guadalupe.

Ernesto se estremeció y volvió la vista al fuerte de donde vió que se desprendía una nube de humo, y á la vez creyó notar que todo el campamento republicano también se estremecía á la vista de los primeros soldados del mundo que estaban tan á poca distancia tranquilos y como muy seguros de obtener otra nueva victoria sobre las muchas que traían á cuestras de Solferino y de Magenta.

—Es mucho ejército ese, se dijo interiormente Ernesto, para que nosotros podamos siquiera detener su marcha.

Como si la voz del cañón hubiera sido la voz de mando para que comenzaran las maniobras, se vió que las tropas francesas hacían al principio un movimiento desordenado que en pocos momentos se regularizó, destacándose distintamente tres grandes gru-

pos que formaban otras tantas columnas. El gran tren de carros y repuestos apenas se divisaba muy á la retaguardia. La reserva se formó á poca distancia de donde se veía flamear la bandera del general en jefe.

—La reserva es como de mil hombres y se queda con Laurencez, murmuró el general Zaragoza: las columnas que se nos echan encima son como de dos mil hombres cada una, tendrán que embarazarse cuando comiencen á practicar la subida.

Pero parecía que todas las dificultades que debían presentarse en el combate habían sido previstas por el encargado de dirigirlo: los ingenieros colocaron seis baterías á dos mil metros primero y después más cerca, frente á Guadalupe, la caballería formada en alas, ocupó los flancos de las tres columnas y estas se escalonaron pareciendo tomar diversas direcciones para converger después á un punto dado.

Zaragoza siguió dirigiendo su anteojo alternativamente á las columnas, á los cañones, al Cuartel General de los franceses y á las reservas, mandando de vez en cuando á algún ayudante, sin menudear mucho sus órdenes nuevas sin duda con objeto de mantener siempre cerca de sí un personal conveniente para los momentos más precisos.

Ernesto estaba nervioso observando todos aquellos movimientos y se llenaba de impaciencia cuando desaparecían en las irregularidades del terreno algunos cuerpos franceses, temiendo que hubiera un camino subterráneo, una senda oculta que les permitiera llegar hasta los fuertes sin peligro.

En esos momentos la artillería francesa abrió sus

fuegos oyéndose solo un cañonazo continuado; tan rápido así era el cañoneo.

El fuerte contestó con sus grandes piezas y entonces el estrépito se hizo terrible.

Iba ya el general Zaragoza á mandar un ayudante para repetir una orden suya que parecía no haber sido obedecida, cuando se vieron frecuentes fogonazos detrás de una colina causados por una batería rayada mexicana que hacía un fuego mortífero sobre los franceses. Estos se vieron precisados á suspender sus fuegos y á retirarse á mayor distancia en medio de un grito de júbilo lanzado por los soldados del fuerte de Guadalupe, que había alcanzado el mayor de los triunfos dominando al enemigo en su arma favorita.

Entonces Laurencez confió el éxito del combate al valor nunca desmentido de sus cuerpos de zuavos, de marina y de cazadores que formaban las columnas de ataque, ordenándoles que verificaran este sin esperar ya á que fueran apagados los fuegos de los cañones de Guadalupe.

Por una media hora los tiros de cañón fueron escasos, mientras se verificaba el asalto ordenado á la infantería.

Zaragoza estaba más atento que nunca comprendiendo que había llegado el momento crítico. Temía que se hubieran agotado las municiones en el fuerte de Guadalupe que visiblemente era el que iba á ser atacado por todas las fuerzas combinadas del enemigo, lo mismo que temía que la audacia y la intrepidez de los asaltantes llegaran á infundir pavor en los defensores de las posiciones.

Entonces fué cuando menudearon las órdenes y llegó su turno á Ernesto de entrar en servicio.

—Teniente Dominguez, le dijo el general en jefe con voz firme, vaya usted á decir al general Tapia que está allí, y le señaló el punto de la ciudad donde había un grupo de ginetes y una bandera, que rompa el fuego sobre el enemigo y no se separe de la posición.

Ernesto se fué tan aprisa en su caballo como podía permitírsele el terreno y á cada momento oía silbar las balas sobre su cabeza, lo cual no dejaba de producirle grande emoción, siendo la primera vez que se hallaba en un encuentro de tropas, pareciéndole este, como lo era en efecto, formidable.

Llegó con felicidad y comunicó las órdenes en los momentos precisos en que el general Tapia se disponía á abrir los fuegos sobre el enemigo, según instrucciones anteriores, operación que produjo de pronto magníficos resultados, porque por ese lado los franceses estaban al descubierto. Se destacaron luego dos compañías de cazadores y cargaron con tal ímpetu sobre las posiciones exteriores de la ciudad, que lograron arrollar á los pocos soldados que allí había y entrar á las calles, de donde tuvieron que retroceder diezmados y en desórden, en tanto que el ataque al fuerte de Guadalupe, paralizado por poco tiempo, siguió con mayor ímpetu, habiendo sido las columnas reforzadas por las reservas.

Zaragoza, siempre atento á las peripecias del combate, mandó al fuerte los auxilios de que pudo disponer á la vez que procuraba generalizar la refriega por todos lados.

Ernesto tuvo que regresar al lado del general en

jefe pasando entre los fuegos de amigos y enemigos. Hasta que estuvo allí fué advertido por el mismo Zaragoza de que el caballo que montaba tenía una rozadura de bala en el anca y su sombrero estaba agujerado en tres partes distintas.

—Muy bien, teniente Dominguez, ha desempeñado usted su comisión como un oficial valiente y práctico.

—Soy subteniente, señor, le contestó modestamente Ernesto.

—Cuando mandé á usted con la orden le llamé teniente, ahora es usted capitán.

Ernesto derramó una lágrima de júbilo y contestó con voz sofocada por la emoción:

—Gracias, mi general.

La misión encomendada á este oficial dió muy buenos resultados, porque los franceses suspendiendo el asalto mientras atendían á los fuegos que se les hacía por la retaguardia, dieron tiempo á que llegaran los auxilios enviados al fuerte y el combate resultara menos desigual. Renovado este principalmente contra el fuerte de Cuadalupe y la cortina que se extendía hasta el de Loreto, la lucha entre dos y tres de la tarde, después de tres horas de un fuego vivísimo, se hizo tremendo, vertiginoso. Toda la línea mexicana estaba envuelta en una nube densa de humo que no dejaba percibir lo que estaba pasando, así es que la ansiedad de Zaragoza y los que lo acompañaban era grande, y cambiaban de puntos de observación casi insensiblemente, queriendo en vano abarcar con el poder de los anteojos de campaña todos los puntos que eran atacados. Lo que más les inquietaba

era ver que los franceses á pesar de la metralla que vomitaban sobre ellos los cañones del fuerte casi sin interrupción, habían logrado pasar los fosos ayudados de puentes improvisados y ver que el fuego se suspendía en algunos lugares como si la lucha se hubiera empeñado allí cuerpo á cuerpo.

En efecto, así había sido: el capitán Gautrelot subió por una escala formada con las espaldas de sus soldados á lo alto de la trinchera, el corneta Rollet encaramado en el parapeto dió el toque de carga, el teniente Caze descargó por una tronera abandonada los seis tiros de su pistola, casi sobre los cañones mexicanos llegó á plantarse la bandera del 2º Regimiento de Zuavos. Este momento fué el más crítico: si los defensores del fuerte, como sucede en tales casos, se hubieran desmoralizado, allí sucumben..... no siempre se conserva el valor ni menos la serenidad cuando se ve á un enemigo arrojado, que desprecia la muerte y llega á donde se le ha ordenado que debe llegar. Hasta los más intrépidos vacilan cuando ya tienen encima al contrario. Pero se trataba del honor nacional, se defendía la independencia de la patria, se encontraban en las posiciones que sostenían la refriega Negrete y Berriozábal, y estos jefes que se habían sabido poner á la altura de la situación, supieron también inspirar confianza á sus subordinados, supieron sobre todo acudir á tiempo á donde era más inminente el peligro, y los franceses á pesar de su audacia, á pesar de su disciplina, á pesar de su superioridad para la esgrima de la bayoneta, fueron rechazados á la arma blanca de las trincheras y luego ametrallados....

La misma suerte habían corrido las columnas francesas en toda la línea; pero Laurencez no quería aún ceder la victoria y mandó la reserva y luego no solo la reserva sino aun los cuerpos de cazadores que se habían quedado custodiando el convoy y que no debían entrar al combate.

—¡Oh! si me llegaran en estos momentos algunos auxilios aunque fueran de los restos que hayan quedado á Márquez, Mejía ó cualquiera de los traidores que ofrecieron auxiliarnos con su gente!...

Pero los traidores no pudieron acercarse porque precisamente para impedir que lo hicieran y para batirlos, había destacado antes Zaragoza 1500 caballos á las órdenes de O'Horan y Carbajal, con cuya fuerza hubiera sobrado para hacer la derrota de los franceses completa si se han quedado aquellas fuerzas en el campamento.

Márquez y Mejía no llegaron en efecto al lado de Laurencez, pero desde léjos le ayudaron á que no fuera destruido, habiendo obligado al general republicano á mermar su ejército.

Laurencez pues insistió en que las posiciones fueran tomadas á sangre y fuego y dió al efecto órdenes precisas enviando todos los refuerzos posibles á las columnas de ataque cuando ya Zaragoza había agotado los suyos, y entonces viendo este la situación tan comprometida y cuando ya no tenía más ayudante á su lado que al capitán Ernesto, á quien deseaba, por el afecto que le había inspirado, no exponerlo á peligros muy evidentes, volvió la cabeza y le dijo:

—Capitán Dominguez, corra usted para aquella

hondonada en donde está el general Porfirio Diaz con los batallones Zapadores y Rifleros y dígame que impida á todo trance el avance de la columna francesa que no tardará en presentársele; dígame también que será auxiliado por el batallón Reforma. Pronto, pronto.

Ernesto que había estado comunicando órdenes de más fácil ejecución, á la primera ojeada comprendió que la que se le encomendaba era peligrosísima porque tenía que atravesar por entre los fuegos de los combatientes por las lomas descubiertas; pero no vaciló ni un momento y encomendando su alma á Dios y su pensamiento á su amada Aurora, puso su caballo al galope.

—Valiente oficial, murmuró Zaragoza, si no muere ahora hará brillante carrera.

Y siguió con ojos atentos el segundo asalto intentado por los franceses que despleaban un ímpetu extraordinario.

—Con razón tienen una fama universal estos soldados, dijo á las personas de su séquito que lo rodeaban.

En esos momentos sacó el reloj de su bolsillo, vió que marcaba las cuatro de la tarde y á la vez oyó un trueno en el cielo que dominaba el fragor de la pelea.

—Cinco horas de fuego, las bastantes para que nuestras municiones estén agotadas. Ahora la lluvia tanto podrá favorecernos á nosotros como á los franceses..... este momento va á ser el decisivo.

Siguió observando con el anteojo y murmuró en medio de un suspiro:

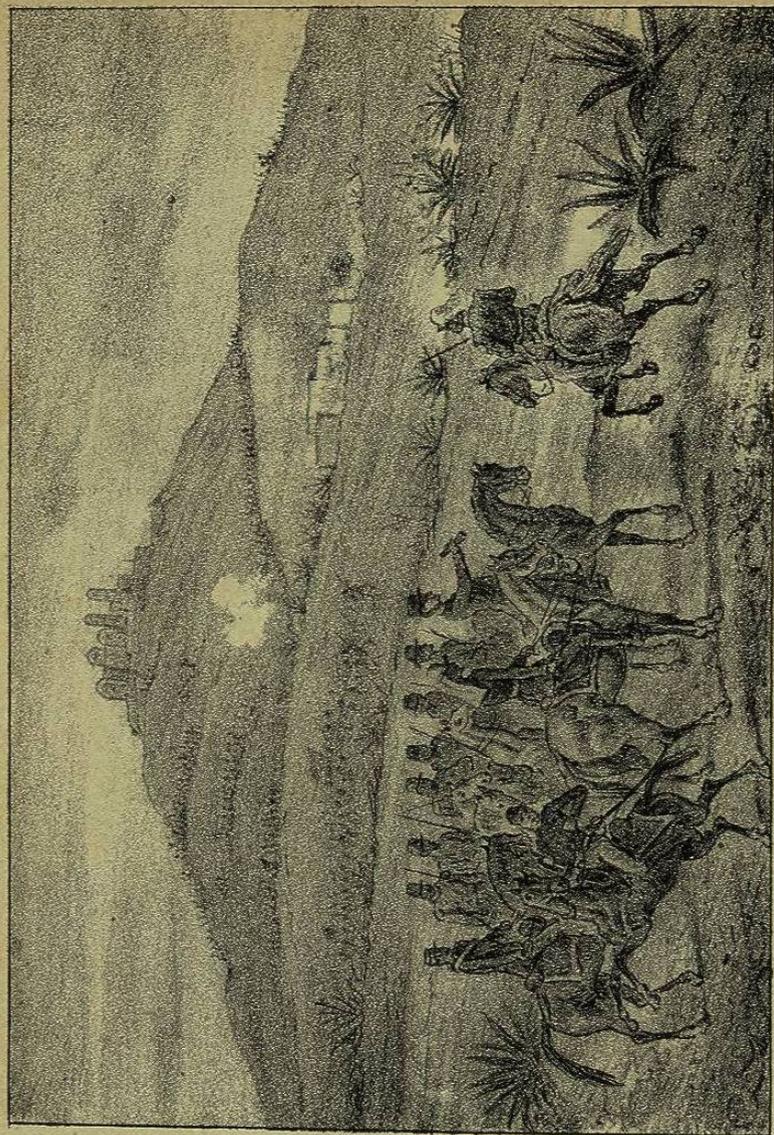
—Mis órdenes se cumplen con fidelidad: no hay mas que hacer sino esperar á que Dios dé la victoria al que tenga la justicia.

Y como si Dios lo hubiera oído pudo observar que las columnas francesas eran rechazadas otra vez más simultáneamente en toda la línea. El aire barría el humo con fuerza y podía verse con claridad que los zua- vos, los marinos y los cazadores, retrocedían en confusión corriendo muchas veces á ocultarse en las zanjas lo mismo que en las sinuosidades del terreno. Después se supo que un cuerpo entero de marina estuvo escondido el resto de la tarde y la noche en el fondo de un barranco.

Casi al mismo tiempo que se oían las dianas tocadas por las músicas militares de los fuertes, se desgarraron las nubes cayendo á torrentes la lluvia acompañada de granizo. Como lo había previsto Zaragoza, la tempestad sirvió para desorganizar completamente á los franceses y evitar que dieran nueva carga; pero impidió á la vez que los mexicanos pudieran lanzarse sobre ellos y aniquilarlos, porque el terreno se había puesto resbaladizo. No obstante esto, el general Diaz reunió sus tropas, las arengó y se puso al frente de ellas para dar el alcance.

—¡Oh! ¡oh! exclamó Zaragoza observando aquel movimiento, ya tenemos por hoy lo bastante con lo que se ha conseguido. Vaya usted, continuó dirigiéndose á un ayudante, y dé orden al jefe de esa columna para que se repliegue á las posiciones.

Ernesto que había llegado sano y salvo al lado del general Diaz, no había podido regresar al lado del general en jefe, porque el combate estaba empeñado



—¡Oh! ¡oh! Exclamó Zaragoza observando aquel movimiento, ya tenemos por hoy, lo bastante con lo que se ha conseguido.

y se le había cerrado todo camino, así es que estuvo en todas las peripecias últimas de la refriega y ahora con la espada desenvainada iba también persiguiendo á los franceses.

Tras la orden dada por el primer oficial, llegaron tres ayudantes más repitiéndola. El último dijo que el general en jefe hacía presente al jefe de la columna que los franceses podrían detenerse, organizarse en un momento y cargar con una inmensa superioridad sobre aquel puñado de valientes que fácilmente serían derrotados. Era exponer mucho la gloria alcanzada.

—¡Qué lástima! exclamó el general Diaz, yo hubiera dado cuenta de todo ese ejército desmoralizado en menos de una hora.

Y como siempre fué buen subordinado mandó hacer alto y contramarchar.

Entonces vió Ernesto por sus propios ojos que todo el cerro de Guadalupe estaba cubierto de cadáveres, destacándose por todas partes los pantalones rojos de los zuavos de los que hubo más muertos en todo aquel porfiado combate.

Cuando llegó al lado del General en Jefe gritó con entusiasmo:

¡Viva el general Zaragoza! ¡Viva la República!

—¡Viva! ¡viva! contestaron todos.

Y dando un abrazo al teniente Ramón, exclamó con júbilo:

—¡Qué hermosa jornada! El recuerdo de este 5 de Mayo no se olvidará nunca.